

Un ejercicio necesario

Mirelys Correoso Calzadilla (Cuba)

Pasaje bíblico de estudio: Lamentaciones 3:40-41

Versículo para memorizar: “Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová” Lamentaciones 3:40.

Propósito de la lección: Comprender la necesidad que tenemos, como cristianos e iglesia, de examinar nuestra conducta con el fin de lograr una edificación espiritual.

Introducción

“Todos los caminos conducen a Roma”. Esta es una frase del refranero popular que muchos creen que su origen se basa en el esplendor de esta ciudad y su cultura. Pero realmente nace, porque en el mundo antiguo existía una red de caminos terrestres que contaba con casi 400 vías que se repartían en más de 70 km de longitud que unían a Roma con puntos tan lejanos como la antigua Germania y África.

Los poetas usan el vocablo “camino” para identificar “conducta, decisiones”, las que marcarán no sólo el presente de nuestras vidas, sino también nuestro futuro. En la Biblia, el término mencionado pudiera parecer reiterativo; pero más bien, podría sugerirnos la importancia que le da el Señor a nuestras elecciones, a pesar de que contamos con el libre albedrío.

Estamos en presencia de un mundo modernizado como nunca antes, donde nada parece imposible, virtualmente hablando. En donde, dado el relativismo que reina, los conceptos de lo malo y lo bueno están marcados por el estado de opinión del clasificador; no hay patrones para definir qué es lo certero, lo auténtico, el mejor de los caminos. En medio de tanta incertidumbre espiritual, Cristo nos reitera hoy una afirmación que dijera hace más de dos mil años: “... Yo soy el camino, y la verdad, y la vida...” (Juan 14:6).

I. Escudriñar nuestra conducta y regresar (Lamentaciones 3:40)

Pareciera que nuestra vida espiritual marcha de maravillas. Todos los domingos asistimos al templo y adoramos a Dios; confraternizamos con nuestros hermanos; somos parte de un ministerio, y con regularidad trabajamos en él; ayudamos al sostenimiento de la obra de Dios a través de ofrendas; oramos teniendo en cuenta nuestras “necesidades” y, por supuesto, las de otros. Y es que funcionamos de manera armónica, sincronizada,

como una máquina; y eso nos trae “paz con Dios y con los hombres”.

Pero la Palabra del Señor, nos dice hoy que escudriñemos nuestros caminos, lo que equivale a decir que examinemos nuestra conducta (Lamentaciones 3:40). Según Joan Corominas, el verbo “escudriñar” significa examinar algo con mucha atención, tratando de averiguar las interioridades o los detalles menos manifiestos; indagar meticulosamente (Recuperado de <https://desocuparlapieza.files.wordpress.com/2016/02/corominas-joan-breve-diccionario-etimolc3b3gico-de-la-lengua-castellana.pdf>, el 29 de octubre de 2022).

Esta acción que nos demanda el Señor está reñida con la conformidad y la quietud. Para poder ponerla en práctica en nuestras vidas, debemos anhelarla ardientemente. Necesitamos tener en nuestros corazones una pobreza de espíritu tal que nos provoque una insatisfacción con nuestro yo; una imperiosa motivación de examinarnos interiormente, pero no con nuestra mirada lastimosa y paternalista, colmada de justificaciones, sino con la lupa del único capaz de hacerlo con la debida justicia y total conocimiento: nuestro Creador. Como mencionó el profeta: “Nada hay tan engañoso y perverso como el corazón humano. ¿Quién es capaz de comprenderlo? Yo, el Señor, que investigo el corazón y conozco a fondo los sentimientos; que doy a cada cual lo que se merece, de acuerdo con sus acciones” (Jeremías 17:9-10 DHH). Nada hay tan engañoso y perverso como el corazón humano.

Esto lo lograremos cuando tomemos tiempos de calidad con Dios, en lo íntimo, y dejemos de tener la oración estereotipada y casi aprendida; cuando vayamos a su presencia sin horarios, porque estamos precisamente ocupando ese tiempo que reservamos para Él. Entonces, el Señor usará su gracia y soberanía sobre nosotros; ineludiblemente, nos encontraremos con nuestro Dios santo, y tendremos sólo dos opciones: seguir cargando

con una vida espiritual mediocre, coloreada por la apariencia, que nos conducirá inevitablemente a la muerte espiritual; o rendirnos ante la majestad de Dios reconociendo la necesidad de derrotar todos esos escollos que nos impiden tener una travesía espiritual en Cristo cada vez más excelente.

Al someternos a la segunda opción, asumiendo la desafiante tarea de escudriñar nuestra conducta a través del Espíritu Santo, muchas veces, nos percataremos de que nuestro diario vivir ya no está “tan en armonía con el Señor” como pensábamos. Es allí cuando nos daremos cuenta de que hemos caído en una monotonía espiritual, resistente a todo lo novedoso y sobrenatural que Dios quiere hacer en nosotros. Ese gran alfarero, que es nuestro Padre celestial, desea hasta el último momento hacernos la mejor de las vasijas para cumplir su propósito en nosotros (Salmo 138:8a).

Cuando rebuscamos en nuestro interior con profundidad, para nuestra sorpresa, puede aparecer un ego desconocido, idólatra de muchas cosas que sustituyeron el lugar de Dios en nuestra vida. Muchos cánones de este mundo pueden haber influido y permeado nuestro entendimiento, alejándonos de ser aquella persona que un día vivió su primer amor con Jesús. Entonces, queda al descubierto que ya no somos el mismo cristiano humilde de los primeros tiempos, que no le importaba tener un léxico impresionante para la liturgia del culto; sino que, buscaba el respaldo del Espíritu para cada frase que pronunciaba.

Cuando nos despojamos de ese velo, nos encontramos que ya no tenemos la Biblia resaltada con marcadores y con fechas, recalando la consumación de una antigua promesa. Ya tampoco traemos a los niños del barrio a la escuela bíblica; porque no tenemos una buena relación con sus padres por ser ellos tan “carnales”. Y al hermanito “impertinente” de siempre, finalmente, le “perdonamos”; pero lo mantendremos bien lejos para no “contaminarnos”.

Mientras más nos humillemos, para ser confrontados por la santidad del Padre; más imperfectos nos encontraremos, y aflorarán pecados inimaginables. Pero la buena noticia es esta: que si nos arrepentimos; el Señor, por su misericordia, nos perdonará y ayudará a regresar a Él.

Cuando reconozcamos que somos las ovejas del Salmo 23 que necesitamos la guía del buen Pastor, tanto si somos el miembro más nuevo de la congregación, o si somos ancianos de la iglesia, presbíteros o doctores en Teología; sólo entonces, estaremos aptos para volver (Lamentaciones 3:40b). Mientras continuemos creyendo que podremos cambiar con nuestras propias fuerzas, fracasaremos.

“Regresar” es un acto personal y volitivo, sinónimo de humildad y temor a Dios, que nos conducirá, inequívocamente, a la plenitud de Cristo en nosotros; pues traerá

reconciliación y edificación espiritual. Constituye el tránsito necesario hacia la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Hebreos 12:14). Asumirlo denota madurez y amor a Dios, a quien queremos agradecer por la redención recibida a través de su Hijo.

Es un proceso hermoso aunque doloroso; su belleza estriba en la evidencia manifiesta del fruto que se percibe en quien se somete a Dios, que redundará en bendición para el portador y quienes le rodean. Es maravilloso sentir cómo nos liberamos de todo aquello que obstruye una relación íntima con nuestro Padre y nos convertimos en lo que Él desea para nosotros. Es doloroso; porque el Señor, en su empeño de purificación, usará todo el fuego necesario para pulirnos, cual diamante, para hacer que resplandezcamos en gloria.

II. Elevar nuestro corazón y nuestras manos a Dios (Lamentaciones 3:41)

Escrito está en el libro de Proverbios: “Hay camino que al hombre le parece derecho; Pero su fin es camino de muerte” (14:12). Y es que las personas sin Dios no perciben las cosas que son del Espíritu; ya que deben ser discernidas espiritualmente (1 Corintios 2:14). Mas bendito sea nuestro Dios, que nos coronó con el Consolador; para que nos enseñe todas las cosas y nos guíe hacia toda verdad, la cual nos hace enteramente libres.

El poder volver al Señor siempre es un manifiesto acto de amor y de misericordia del Padre, y su consumación constituye uno de los milagros más extraordinarios que hace con sus hijos todos los días. Pero para ello, es necesario que procuremos incesantemente buscar a nuestro Dios, haciendo uso de las disciplinas espirituales que proveyó para que su pueblo se consolide y permanezca en Él. Lamentaciones 3:41 nos guía a esta acción de levantar los corazones y manos al cielo; se refiere a buscar la pureza delante de Dios y mostrarnos como somos. Si lo hacemos con sinceridad y un corazón humillado; Él nos aprobará o limpiará de nosotros lo que necesite ser limpiado.

Jesús dijo a sus discípulos: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna...” (Juan 5:39). El Maestro nos demostró cuánto conocía la Palabra y cómo la aplicó en su vida y ministerio aquí en la tierra; por tanto, nosotros debemos no sólo examinarla, sino escribirla en nuestro corazón. Y es, precisamente, ese corazón contrito y humillado, confrontado por esa Palabra viva, el que debe elevarse ante el Padre en busca de perdón y misericordia.

El Señor nos pide que, cuando vayamos a su presencia, desnudemos nuestro corazón tal cual es, mostrando de manera clara todo lo que hay en él. Esto debemos hacerlo con la confianza absoluta de que la fe en Cristo es suficiente para ser purificados y crear en nosotros un espíritu recto y renovado.

Es, precisamente, un clamor lo que demanda Dios de los que extraviaron el camino y quieren volver. Más que una oración, debe ser un ruego, un pedido vehemente y desesperado, del obrar de su misericordia.

Ese clamor debe ser un ejercicio espiritual que nos guíe a buscar más de Dios y a un arrepentimiento genuino, cuando sea necesario. Es, entonces, cuando se producirá en nosotros una necesidad imperiosa de realizar renunciaciones y nuevos pactos con nuestro Redentor. Esto nos ayudará a despojarnos de todo lo que nos impide que corramos la carrera gloriosa que tenemos por delante, poniendo los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:1-2).

III. Aplicación del mensaje del libro para la iglesia actual

La iglesia, como cuerpo de Cristo, como ese pueblo adquirido por Dios a través de la salvación en Cristo, tiene que aprender a ejercitar de manera continua una autoevaluación de su relación con Dios.

A veces, con el ánimo de "contextualizar el evangelio", el pueblo de Dios no está transitando un camino de acuerdo con las Escrituras. En ocasiones, ponemos más atención en las actividades diarias y olvidamos guardar nuestro tiempo con Dios. La lectura de las Escrituras o nuestro tiempo de hablar con Dios quedan relegados.

En ocasiones, no nos evaluamos ante las predicaciones

de la Palabra y dejamos de lado corregir nuestras acciones. También puede ocurrir que estemos tan metidos en nuestras cosas que no atendamos a las necesidades de otros. No estamos atentos a cómo servir a otros en su necesidad. Tampoco nos importa el compartir a otros el mensaje de salvación, quizá porque este no está haciendo efecto en nuestra vida.

En Apocalipsis 2, Cristo, en su mensaje a la iglesia de Éfeso, apreció y reconoció su arduo trabajo; pero le señaló que había perdido su primer amor, por lo que le refirió que debía recordar de dónde había caído, arrepentirse y hacer las primeras obras para poder permanecer. Este mandato que el Señor le manifiesta a la iglesia antes citada es parecido a lo que Dios pedía al pueblo de Israel por medio del profeta. Es válido para todos los tiempos; y no es otra cosa que el proceso de regreso que estamos abordando, resultado de la autoevaluación que debemos hacernos todos.

Conclusión

Es tiempo de ir al Padre celestial y escudriñar nuestra conducta, debiendo ser esto un ejercicio espiritual constante como hijos de Dios. Allí en su presencia, debemos clamar al Espíritu Santo; para que nos evalúe, y si es necesario, limpie de todo pecado y nos muestre cómo regresar a nuestro Señor a fin de tener una vida victoriosa en Jesús.